



PLATÓN Y LA DIVINA INSPIRACIÓN

Por Norma Novoa

“Cuando un hombre percibe las bellezas de este mundo y recuerda la belleza verdadera, su alma toma alas y desea volar, pero sintiendo su impotencia, levanta, como el pájaro, sus miradas al cielo. El hombre que tiene ese deseo y se apasiona por la belleza, toma el nombre de amante”

Fedro

Platón (427-347 a.C), es el gran sabio griego que llega a este mundo en un día signado por la Luz, pues nace en la fecha donde se celebra al Divino Señor Apolo. Muchos viajes realizó a lo largo de su vida, sin duda los más recordados son a Egipto, donde bebe su religiosidad, y a la Magna Grecia, donde se conecta con la sabiduría pitagórica. Sin embargo, el acontecimiento capital que decidió su vida fue la condena a muerte de Sócrates, a tal punto que se puede decir que la muerte del Maestro ha tenido, para el desarrollo del pensamiento de Platón, una influencia más grande que la enseñanza recibida de él ¿Cómo los falsos discursos pudieron ser más persuasivos que

la Verdad? He aquí la cuestión que se planteó Platón y que lo condujo a convertir el problema de la educación del hombre en el punto central de su filosofía. Esta debe darnos la luz que nos permita reconocer dónde está la Justicia tanto en la vida privada como en la pública. Es necesario preparar a los hombres para que lleven una vida digna y justa. La mayor parte de los contradictores de Sócrates, estaba constituida por los sofistas (sin consideración alguna por las convicciones personales ni respeto por la Verdad), de allí que el pensamiento platónico está particularmente dirigido contra las ideas de los sofistas que se adhieren a la doctrina central de Protágoras: “El hombre es la medida de todas las cosas”. Nuestro filósofo dirá:

“Es indispensable cambiar de rumbo a fin de hallar una verdadera ciencia de la medida. Para descubrirla es necesario efectuar dentro de nosotros una verdadera “conversión” que nos permita comprender que la Divinidad debe ser la medida de todas las cosas en grado supremo” (La República).

En un tiempo histórico en que Atenas se encuentra fuertemente tensionada por acontecimientos políticos y sociales, que generan un enorme impulso en todos los campos de las artes, cultos y de impulso filosófico, surge este Gran Sabio, que Ve más allá y nos aporta excepcionales enseñanzas sobre la In-

mortalidad del alma, así como también los estados por los que ella atraviesa. El contexto determinante de la época, está sostenido por fuertes creencias basadas en las prácticas del orfismo y el culto dionisiaco, condicionando a los hombres a buscar estados especiales como formas de contacto con los Dioses, capaces de proveer la consecuente posesión. Sin embargo, más allá de las atribuciones otorgadas a los Dioses, podemos llegar a deducir que esos actos eran efectivamente experimentados en aquellos tiempos. No solamente de modo devocional (como en los cultos a Dioniso) sino también buscando determinados estados mentales a fin de poder dar cauce, por ejemplo, a la producción artística. Además a esos estados de conciencia se los iba arraigando y profundizando, llegando a constituir verdaderos estilos de vida como en los casos de las Pitonisas, Sacerdotes y Ménades (devotas de Dioniso). Más allá de estas creencias, Platón en el “Fedro, o de la Belleza” aporta algunas referencias respecto del modo con que se experimentan estos estados de conciencia excepcionales. Adentrándonos en algunos de sus párrafos comprobaremos en sus descripciones, como se logra entrar a lo que él denomina el mundo de las Ideas. Ese mundo cuya realidad está fuera del tiempo y espacio habitual. La conciencia inspirada, descrita como modos especiales de locura, es para Platón una estructura de conciencia que no solamente es experimentable en modo individual, sino comu-

nicable también a otros. Tal vez podamos llegar a comprender de qué manera se experimentan y cómo se comprenden esos estados de conciencia que, presentando similitudes con la locura o la embriaguez, en realidad se tratan de verdaderos estados de inspiración divina.

En Fedro, o de la Belleza nos enseña:

“... los bienes más grandes nos vienen por la locura, que sin duda nos es concedida por un don divino, y así la profetisa de Delfos y las sacerdotisas de Dodona, en sus arrebatos de locura, obraron muchos beneficios, privados y públicos, para Grecia, y, por el contrario, en sus momentos de cordura, pocos o ninguno...”

... los antiguos que pusieron nombres a las cosas, no consideraban la locura como algo vergonzoso ni como un oprobio, pues de ser así, no habrían enlazado ese nombre a la más hermosa de las artes, la que juzga el porvenir, llamándola maniké (locura), adivinación. Por el contrario, le dieron ese nombre juzgando que la locura es una cosa hermosa siempre que tiene origen divino...

... según el testimonio de los antiguos, es más hermosa la locura que procede de la divinidad, que la cordura, que tiene su origen en los hombres. Incluso de las enfermedades y pruebas más horribles que, a consecuencia de antiguas ofensas, y sin que se sepa de dónde vienen, afligen a algunas familias, encon-

tró la locura profética una liberación, recurriendo a oraciones y servicios en honor de los dioses...

... La tercera forma de posesión y de locura, la que procede de las Musas, al ocupar un alma tierna y pura, la despierta y lanza a transportes báquicos que se expresan en ondas y en todas las formas de la poesía, y, celebrando miles de gestas antiguas, educa a la posteridad...

... Todas éstas son las bellas obras, y aún podría nombrarte más, de la locura que tiene su origen en los dioses... los dioses se proponen la máxima felicidad de aquellos a quienes conceden tal locura...”

“...como el pensamiento de la divinidad se alimenta de inteligencia y de sabiduría sin mezcla, y lo mismo el de toda alma que, se preocupa de recibir lo que le conviene, al ver en el transcurso del tiempo la Realidad, la ama, y contemplando la Verdad, se alimenta y se siente feliz hasta que el movimiento circular en su revolución la vuelve a llevar al mismo lugar. Y en esta circunvalación contempla la misma Justicia, contempla la Templanza, contempla la Sabiduría, no la que implica devenir, ni la que es diferente según trata de cada una de las cosas diferentes que nosotros ahora llamamos realidades, sino la Sabiduría que versa sobre lo que es realmente la Realidad...”

“...sobre la cuarta forma de locura; cuando alguien, viendo la hermosura de este mundo y acordándose de la verdadera,

toma alas y, una vez alado, deseando emprender el vuelo y no pudiendo, dirige sus miradas hacia arriba, como un pájaro, y descuida las cosas de esta tierra, se le acusa de estar loco; ésta es, pues, de todas las formas de posesión divina, la mejor y la constituida de mejores elementos, tanto para el que la tiene como para el que se asocia a ella, y, por participar de esta locura, se dice del que ama las cosas bellas que está loco de amor...”

Platón distingue diferentes tipos de locura, según el modo en que ellas se expresan. Notamos que en todos los casos describe al estado interior como una posesión divina, todos estos distintos casos de locura no son descritos como raptos fugaces o accidentales, sino como estructuras de conciencia bien arraigadas, incluso como estilos de vida: el de las sacerdotisas y profetizas cuyas predicciones surgen gracias a la adivinación inspirada por la divinidad, el de los enfermos que recurriendo a oraciones llegan a obtener purificaciones, y como todas las formas de la poesía de quienes experimentan ser tomados por las Musas, también describe el estilo de vida de aquel que sabe servirse de la reminiscencia consagrándose a lo divino. Evidentemente en todos los ejemplos que menciona, la conciencia inspirada altera el funcionamiento de lo que consideramos habitualmente como conciencia y seguramente por ello se la relaciona con la locura, pero Platón la diferencia al darle las connotaciones de “*don divino*”, “*posesión divina*”, “*locura que pro-*

cede de las Musas” o “que tiene su origen en los dioses”. Son estados en los que se produce el desplazamiento del ego y la conciencia responde a una intención divina. En realidad se trata de una interiorización que, por una honda exaltación en la que está presente la divinidad, o de una fuerza divina, toma y suplanta la personalidad humana. En todos los casos, el subyugado se pone a disposición de esa inspiración que le permite captar realidades desconocidas para él en la vida cotidiana. En efecto, Platón considera que la locura puede ser un don de los dioses concedido a pocos, una forma de divino entusiasmo. La conciencia inspirada es comprendida como una fuente de bien, de liberación, de despertar y de creación, nos dice: *“los bienes más grandes nos vienen por la locura”.* Además señala en el estado inspirado la capacidad de reconocimiento de *“la justicia..., la templanza..., y todas las demás cosas preciosas para el alma”.* Intuiciones directas producidas por actos espirituales de percepción, un aquietamiento de la conciencia que coloca al alma en estado de subyugación, experimentado lo Sagrado con certeza, de impulsos profundos, y también de *“reminiscencias”*, o de verdaderos recuerdos *“...En efecto, como se ha dicho, toda alma de hombre ha contemplado por naturaleza las cosas que verdaderamente son... pero el acordarse de ellas..., no es fácil para todas las almas... Pocas quedan, pues, que conserven suficientemente el recuerdo...”* El no describe un es-

tado ocasional, que irrumpe fugazmente, sino por el contrario, destaca actos de conciencia intencionales, de un desplazamiento de todo el ser hacia la Divinidad, hacia Dios: “... *el hombre que sabe servirse de tales recuerdos, iniciado continuamente en los misterios perfectos, es el único que llega a ser verdaderamente perfecto...*” claramente está describiendo el camino interior cuando es realizado con “gran celo”. “...*La razón de este gran celo por ver la llanura de la Verdad es que el pasto adecuado para la mejor parte del alma es precisamente el de Aquella pradera...*” Es gracias al recuerdo interior que llegamos a lo que Platón llama “Ideas”, es decir, la idea del Bien absoluto sobre todas las cosas de este mundo, nos habla del paso de la sensibilidad a través del desarrollo de las facultades intelecto-espirituales: “*mediante el recuerdo y en la medida de sus fuerzas, no se aparta de aquello que hace que un dios, por no apartarse de ello, sea divino*” ... “*cuando alguien, viendo la hermosura de este mundo y acordándose de la verdadera, toma alas y, una vez alado...descuida las cosas de esta tierra ...*” Justamente esa distancia entre las “*cosas de esta tierra*”, ese contraste entre las ocupaciones diarias propias y la experiencia “*alada*”, habla de un Camino para el hombre que busca educir, extraer lo más hermoso que existe en él, y lo más hermoso que existe en el hombre es justamente la perfección de la cual es capaz, el Bien que él puede erogar de sí mismo: “...*ésta*

es, pues, de todas las formas de posesión divina, la mejor y la constituida de mejores elementos”.

En toda su obra Platón se esfuerza en enseñar que “Dios es la medida de todas las cosas”. En este diálogo Fedro, nuestro filósofo nos dice que no somos seres temporales, sino todo lo contrario, somos seres que tenemos alas, sólo que lo olvidamos, y el recuerdo vendrá a través de la educación, es decir educir, recordar, recuperar nuestras alas. Parafraseando a Nuestra Madre diremos que Platón ha sido un Gran Místico que soñó con una educación para el Cielo, para alcanzar la clarividencia de esa Divinidad que no está fuera, sino dentro de cada uno, porque el hombre participa de la Divinidad.

*Por la Prof. Norma Novoa
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*
